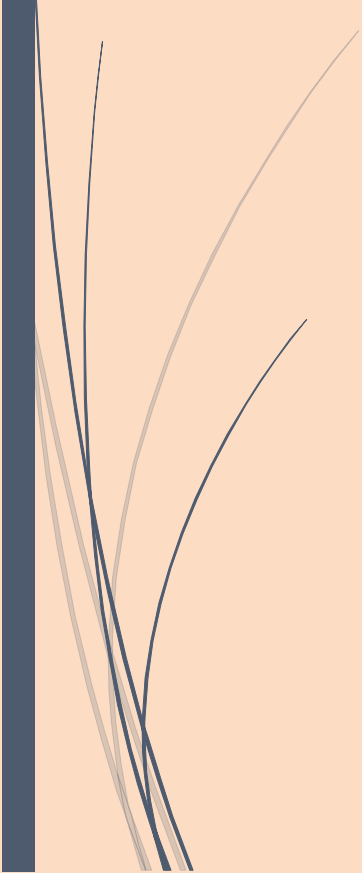




La actualidad de pensar la política

Jorge E. Dotti



1.

Como mi proveniencia no son las ciencias políticas y/o sociales en general, sino la filosofía (que no es una ciencia ni proporciona conocimiento en sentido estricto), una primera dificultad que encuentro en el lema de esta Jornada, la "teoría política hoy", es la de qué significa *teoría*.<sup>1</sup>

Paso, entonces, a pintar con trazos muy gruesos mi cuadro de la variedad de acepciones que tiene la idea de *desarrollar una actividad intelectual sobre lo que suele ser considerado "la política" y/o sobre lo que es adjetivable como "político"*, o sea, una actividad que tiene algún tipo de respaldo especulativo, que es objeto de argumentaciones explicativas y justificativas, es decir, que es susceptible de ser entendida a partir de un ejercicio intelectual cuyo resultado suele o puede ser considerado como una "teoría".

Las actitudes fácilmente divisibles en mi lienzo son, entonces, las siguientes:

Una variante es la del *análisis científico* acorde con los parámetros duros de la epistemología estándar.

Su tema sería lo que sus cultores encaran como un estado de cosas estudiado como un objeto empírico más, del que el examen y las observaciones resultantes ofrecen características verificables -por así decir- *empíricamente*, un diagnóstico abierto a comprobaciones del mismo tipo y hasta un pronóstico sobre un posible desarrollo del objeto estudiado, cuya

---

<sup>1</sup> Prescindo de plantearle la misma inquietud al adjetivo, pues esto abultaría abusivamente estas páginas.

identidad es enunciada en conformidad a las mismas pautas epistemológicas.

Quienes encaran este tipo de trabajo se esfuerzan por desactivar toda fuga hacia la ideología (o lo que entienden por tal), para lo cual recurren a formulaciones y controles análogos o demasiado similares a los de las llamadas ciencias *duras*, cayendo a menudo en una pasividad científicista, pues suponen que es posible (dejemos de lado si es deseable o no) que lo que gustan llamar precisamente "*ciencias políticas y sociales*" se conforme en un pie de igualdad estatutario con los procedimientos habituales y cánones de las ciencias matemáticas, físico-naturales y aledañas.

Otra variedad es un tipo de teorización politológica que, aunque no se desembaraza de los cánones científicos, sin embargo no se somete a ellos pasivamente y afronta los problemas con mayor vuelo intelectual.

Se conforma, así, como un ejercicio ensayístico sobre lo que pasa, podría pasar, es deseable que pase o que no pase, con más o menos alusiones a instancias verificables y realizando disquisiciones más o menos profundas sobre los sentidos de las nociones y categorías del pensamiento político en juego, las cuales, de este modo, no dejan de proporcionar indicios, explícitos o tácitos, sobre las tomas de posición personales del autor del ensayo en cuestión.

Frente a estas dos actitudes teóricas, y desde mi mirada dogmática y unilateral, presento una tercera manera de reflexionar ante lo político, a saber, la filosófica. Su idiosincrasia es metafísica, no científica, y su hilo conductor es legitimar conceptualmente un orden, exponiendo el sentido de las nociones y esquemas categoriales utilizados a tal fin y la manera cómo estos elementos intelectuales encuentran su - digamos- asidero en la realidad; o, si se quiere, mostrar qué es

esa realidad política y jurídica tal como se configura en virtud de la conceptualización filosófica de marras.

Dicho de otro modo, la filosofía política abre perspectivas sobre el modo como se correlacionan, conjugan o se imbrican los principios fundacionales con las instancias particulares y concretas que aportan el *contenido* de un modelo de convivencia bajo leyes prácticas, no físico-naturales. La filosofía política, entonces, *piensa* la mediación entre el fundamento de un orden y la realidad que se configura a partir de él, esto es, que es simultánea e indisolublemente pensada y vivida, comprendida y puesta en acto, conceptualizada y efectivizada sobre tal basamento ideal. En suma, lo que ingenuamente suele considerarse como la objetividad extra-subjetiva de la realidad política no es sino el modo como el intérprete y actor de ella la construye teóricamente. La filosofía política es -o *debiera ser*- la tematización conceptualmente más profunda de todos los elementos de esta construcción.

Este punto de encuentro entre lo *ideal* y lo *real* tiene su escenario y actores en el espacio convivencial entre los seres humanos bajo estructuras de orden que obedecen simultáneamente a dos grandes directrices, simultáneamente estructurantes de los ámbitos público-estatal y público-societal. Una es vertical (mandato y obediencia); la otra, horizontal (consenso e intercambio de opiniones y productos; mercado doxológico y económico).

Las filosofías políticas que piensan esta sistematización, que buscan mostrar su legitimidad metafísica y que necesariamente promueven o incentivan proyecciones prácticas efectivas tienen su prueba de fuego en el momento de intersección de lo universal y lo particular; en ese punto donde convergen lo fundante-configurador y lo fundado-configurado en la forma de interpretación, aplicación y efectivización de los principios en la realidad, en esa realidad concreta y determinada que no es sino la realización o concretización de lo universal en lo particular. En este proceso de pensamiento y efectivización práctica de lo pensado, el factor operativo es la decisión humana y la acción

consecuente. Es en la manera de tematizar esta cuestión donde radica la envergadura de todo pensamiento en torno a lo político.

Al mismo tiempo, una filosofía política que no esté atada ni al cientificismo, ni a la *ideologización* en el sentido más obtuso y degradante de justificar los procedimientos antitéticos a toda comprensión y prudencia políticas, ni a dogmatismos policromos, ni a los requisitos apremiantes de una coyuntura hambrienta por devorar toda idea no inmediatamente útil a las propias visiones de las cosas, en suma, una filosofía política consciente de su responsabilidad debe asumir como marca distintiva de la politicidad de la existencia humana un rasgo casi auto-evidente, si se medita sobre los avatares históricos desde la metafísica que les da sentido: toda teoría decanta en formulaciones doctrinarias, programas y proyectos, tomas de decisión y acciones imprevisibles, precisamente porque son humanas.

El quehacer y el *qué hacer* políticos -inseparables, en tanto están atravesados por la finalidad de toda praxis<sup>2</sup>- presuponen y a la vez generan o, mejor aún, consisten en una pluralidad de interpretaciones diversas y, por ende, también de puestas en práctica de lo que ese pluralismo hermenéutico presenta como el significado de los principios mentados; una variedad, entonces, de proyectos y acciones en tensión, difícilmente armonizables, a menudo contrarios y hasta contradictorios, que con justicia se presentan, todos ellos, como vástagos legítimos de un pensamiento madre común, como generados en un crisol compartido, pese a que se hayan desarrollado por caminos incompatibles.

En este sentido, tengamos en cuenta que no hay filosofía política y, *a fortiori*, no hay teoría política, de la cual no se pueda inferir la justificación de lo que es interpretado y justificado desde perspectivas variadas, que van desde la aprobación apologética hasta la denuncia como una aberración indigna.

---

<sup>2</sup> ¿Cómo no recordar el otrora afamado (y aciago) Что делать?

Dicho de otro modo, toda filosofía política sabe que dará pie a lecturas y conductas de los más variados tipos, diversas, opuestas y hasta contradictorias, sin que de ninguna pueda negarse que tiene su fundamento y justificación en una misma doctrina.

Pero más allá de este benemérito registro plurívoco de los conceptos filosófico-políticos, el problema que la filosofía política encara es, entonces, el de la mediación entre lo *universal* (principios, valores, nociones rectoras, nociones y desarrollos argumentales consecuentes) y lo *particular* (las situaciones coyunturales, las condiciones concretas, los casos particulares) y debe hacerlo en términos que decantan en una legitimación del modelo o esquema de convivencia en términos de mandato y obediencia que el pensador propone, precisamente a partir de la metafísica que lo justifica. Y no menos filosóficas son la comprensión y la dilucidación del arco entre la máxima homogeneidad y la máxima heterogeneidad, a lo largo del cual se ubican las más diversas recepciones y concretizaciones de un pensamiento madre, esto es, las teorías y acciones que comparten un mismo venero.

2.

Presento ahora algunas consideraciones sobre ese "hoy", que cierra la fórmula convocante.

En forma de pregunta, el lema sería algo así como ¿qué se está discutiendo en teoría política durante estos tiempos que corren?

El interrogante apunta al dinamismo intelectual en torno a la política en un estado de cosas que es el del *aquí y ahora*,

aunque con márgenes elásticos, tanto históricos, como culturales en general.

No podría responderla, pero no dejo de expresar mi convencimiento de que todas las reflexiones filosófico-políticas son siempre actuales, porque piensan y expresan lo pensado siempre en el presente en que acontecen y discurren *sobre este presente*, aunque su temática luzca como pretérita o futura.

Meditamos filosóficamente en y sobre el *hoy*, aunque no se tenga conciencia de ello.

(Rememorando Lucas 23:34 y *El capital*, diría que podemos *no saberlo, pero igualmente lo hacemos*).

El hecho de que el *tema* tenga un encuadramiento histórico diverso y que se lo considere extemporáneo es una observación que pertenece a otro tipo de abordaje, como podría serlo un acercamiento informativo o una exposición de impronta museística sobre lo que pensó tal o cual en una época determinada que no es la actual o una insuficiente comprensión de qué significa mentar lo que *prima facie* luce como inactual.

La reflexión filosófico-política, en cambio, *presentifica* su objeto, lo actualiza, y plantea a quien la formula y a quien la recepta - si no se trata de actores ingenuos- el problema de ser consciente, de dilucidar y de moldear la expresión y la interpretación atendiendo a la manera como tal reflexión se inserta en el contexto donde es enunciada; a qué y a quién interpelamos; a qué función puede cumplir en lo que podríamos llamar el universo de opiniones e ideologías y el sistema polemológico imperante.

En suma, nos obliga a problematizar la inserción de nuestras ideas en nuestra condición existencial, obviamente personal y

colectiva, lo cual a su vez agrega una dificultad más a la conciencia que podamos tener de qué pensamos cuando pensamos lo que llamaríamos la politicidad de nuestra existencia.

Esta contextualización en el *hoy* indefectible es como un velo delante de nuestros ojos que hace que nos sea afortunadamente imposible acceder a *lo que verdaderamente pensó o dijo* el referente que fuere o qué se entendía verdaderamente en tal o cual época con una determinada noción.

El foco de este ejercicio intelectual de comprensión y reflexión, que vuelve contemporáneo todo lo pensado, no es otro que la capacidad de juicio, la sagacidad e idoneidad para discriminar y enlazar significativamente las partes componentes de su hermeneusis, de la que debe dar muestras el pensador situado en un lugar único y personalísimo, más allá de las obvias integraciones socio-culturales en las que no puede no hallarse.

Es en este ensamble de idiosincrasia personal, condiciones propias y relaciones de un marco y una coyuntura de la actividad intelectual, donde el intelectual juzga, explicita y aventura propuestas, es una concreción de esa libertad bifacial: un rostro mira a la teoría; el otro, a la práctica. Es lo propio de ese Jano que somos los seres humanos cuando pensamos y actuamos.

Asimismo, tal como siempre pensamos el presente, también lo hacemos con la inevitable originalidad que se sigue de que todo *hoy* o *ahora* es único: cada vez que accedemos a un texto, lo re-creamos.

Completemos y amplíemos estas últimas observaciones.

Por un lado, resulta -en el mejor de los casos- equívoco recurrir a nociones deterministas, condicionamientos causalistas y semejantes manotazos a las categorías de la



ciencia (vetustas, por lo demás) para explicar las ideas y la articulación entre ellas y lo que ingenuamente se suele considerar como una realidad distinta de ellas.

Por otro, la actualidad indeleble de toda meditación sobre la política, que ya en sí misma es una praxis, tiene como participantes al pensador, teórico o filósofo políticos y a aquellos a quienes éste se dirige con su doctrina. Los lectores que interpretan, exponen, divulgan, profundizan, vulgarizan, enriquecen, defienden, impugnan un pensamiento y de este modo lo hacen suyo dándole una personalidad novedosa, le están confiriendo, de este modo, la marca existencial del presente que les es propio y donde el pensamiento alcanza una efectividad práctica.

Toda lectura como reflexión y meditación sobre el texto produce su objeto, el texto mismo, y de este modo le impregna una siempre efímera y renovada contemporaneidad.<sup>3</sup> De aquí que toda reflexión filosófica, inclusive aquellas que luzcan como temáticas políticas aparentemente extemporáneas, tengan un destino de actualidad: siempre hablan del presente de quien las hace hablar y las vuelve actuales. En esta actualidad, su dimensión práctica es legitimar o deslegitimar una práctica.

La cuestión es ser consciente de ello. Pero no serlo no anula esta identidad existencial que hace del hoy su única temporalidad.

Concluyo recordando un verso famoso:

"*Una rosa es una rosa es una rosa*", escribió Gertrude Stein.

A la luz de lo político, y con un *flavour* hegeliano, la despoetizo de esta manera:

---

<sup>3</sup> Llegados a este punto, no les recordaré que Pierre Menard es tan autor de *El Quijote* como Cervantes.

*La verdad de la rosa es la idea de la rosa es la rosa presentificándose en la realidad.*

La idea de la rosa es lo que la mantiene siempre fragante.